

Hermosa ciega, con tu fiel poeta  
Ven en valle magnífico a habitar;  
Valle que el gozo y el dolor respeta,  
¡Donde puedes reír!... ¡puedes llorar!...

Yo te diré cuándo al nacer la aurora  
Derrama por el campo su fulgor;  
Yo te diré cuándo la noche llora  
Lágrimas de tinieblas y de horror.

Mas descúbrese el velo de escarlata  
Que a tus ojos de amor tirano fué:  
¿Lloras? ¿Lloras? El gozo te arrebató:  
¡Gracias!, ¡gracias, gran Dios!, ¡mi amada ve!

¿Me dices que estoy pálido? No, hermosa,  
No te contriste mi amarilla faz:  
Tus ojos, tú, la teñiréis de rosa,  
Color de vida, de placer y paz.

Llamas bello al jardín: está bien, velo;  
Bello será, pero se olvida al fin,  
Si no está allí con tu hermosura el cielo,  
Si tú no estás, ¡oh, flor!, en el jardín.

#### LAS QUEJAS DE SU AMOR <sup>1</sup>

Bellísima parece  
Al vástago prendida,  
Gallarda y encendida  
De abril la linda flor;  
Empero muy más bella  
La virgen ruborosa  
Se muestra, al dar llorosa  
*Las quejas de su amor.*

Süave es el acento  
De dulce amante lira,  
Si al b'ando son suspira  
De noche el trovador;  
Pero aun es más süave  
La voz de la hermosura  
Si dice con ternura  
*Las quejas de su amor.*

Grato es en noche umbría  
Al triste caminante  
Del alma radiante  
Mirar el resplandor;  
Empero es aún más grato  
Al alma enamorada  
Oír de su adorada  
*Las quejas de su amor.*

<sup>1</sup> La América publicó como inédita esta breve composición en su número de 12 de mayo de 1866. (N. de P. de la E.) Churchman publicó el borrador manuscrito, con variantes, que lleva a la vez la fecha 1826.

#### A GUARDIA <sup>1</sup>

##### SONETO

Astro de libertad brilla en el cielo  
Y aumenta el lustre a la española gloria,  
Tú que de esta morada transitoria  
A morada mejor alzaste el vuelo.

Los ojos vuelve a nuestro amargo duelo,  
Tributo merecido á tu memoria,  
Tú, cuyo nombre vivirá en la historia,  
Timbre y honor del madrileño suelo.

Descansa, ¡oh Guardia!, en paz; la tiranía  
Cayó vencida en la inmortal refriega,  
E imitar tu valor ansiamos fieles;

Descansa, y tiemble la caterva impía,  
Que en los sagrados túmulos que riega  
El llanto popular, crecen laureles.

#### EPITAFIO A GUARDIA <sup>2</sup>

Mártir sublime de la patria un día  
Fué honor y gloria del hispano suelo;  
Y ora del libre, luminoso guía,  
Astro de libertad brilla en el cielo.

#### AL DOS DE MAYO

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual  
Del hondo mar alborotado brama; [las olas  
Las esplendentes glorias españolas,  
Su antigua prez, su independencia aclama

Hombres, mujeres vuelan al combate;  
El volcán de sus iras estalló:  
Sin armas van; pero en sus pechos late  
Un corazón colérico español.

La frente coronada de laureles,  
Con el botín de la vencida Europa,  
Con sangre hasta las cinchas los corceles,  
En cien campañas veterana tropa;

Los que el rápido Volga ensangrentaron,  
Los que humillaron a sus pies naciones,  
Y sobre las pirámides pasaron  
Al galope veloz de sus bridones;

A eterna lucha, a sin igual batalla,  
Madrid provoca en su encendida ira;  
Su pueblo inerme allí, entre la metralla  
Y entre los sables, reluchando gira.

<sup>1</sup> En el movimiento antirrevolucionario de 1841, que costó la vida al general León y a otros militares, fué herido de muerte el señor Guardia, fiscal de la Milicia Nacional de Madrid. (N. de P. de la E.)

<sup>2</sup> Publicado en «EL ESPAÑOL», de 20 de junio de dicho año.

Graba en su frente luminosa huella  
La lumbre que destella el corazón.  
Y a parar con sus pechos se atropella  
El rayo del mortífero cañón.

¡Oh de sangre y valor glorioso día!  
Mis padres cuando niño me contaron  
Sus hechos, ¡ay!, y en la memoria mía  
Santos recuerdos de virtud quedaron.

—«Entonces —indignados me decían—  
Cayó el trono español, pedazos hecho;  
Por precio vil a extraños nos vendían  
Desde el de Carlos profanado lecho.

»La corte del monarca disoluta,  
Prosternada a las plantas de un privado,  
Sobre el seno de impura prostituta  
Al trono de los reyes ensalzado.

»Sobre coronas, tronos y tiaras  
Su orgullo sólo y su capricho ley;  
Hordas de sangre y de conquista avaras,  
Cada soldado un absoluto rey.

»Fijo en España el ojo centelleante,  
En Pirene a salvar pronto el bridón,  
Al Rey de reyes, al audaz gigante  
Ciegos ensalzan, siguen en montón.»

Y vosotros, ¿qué hicisteis entre tanto,  
Los de espíritu flaco y alta cuna?  
Derramar como hembras débil llanto,  
O adular bajamente a la fortuna.

Buscar tras la extranjera bayoneta,  
Seguro a vuestras vidas y muralla,  
Y siervos viles a la plebe inquieta  
Con baja lengua apellidar *canalla*.

¡*Canalla!* sí, ¡vosotros los traidores,  
Los que negáis al entusiasmo ardiente  
Su gloria, y nunca visteis los fulgores  
con que ilumina la inspirada frente!

¡*Canalla!* sí, ¡los que en la lid alarde  
Hicieron de su infame villanía,  
Disfrazando su espíritu cobarde  
Con la sana razón segura y fría!

¡Oh!, la *canalla*, la *canalla* en tanto  
Arrojó el grito de venganza y guerra,  
Y arrebatada en su entusiasmo santo,  
Quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos  
del suelo ensangrentado recogía,  
Y un nuevo trono, en sus robustos brazos  
Levantando, a su príncipe ofrecía.

Brilla el puñal en la agitada mano,  
Huye el cobarde, y el traidor se esconde;  
Truena el cañón, y el grito castellano  
De *Independencia* y *Libertad* responde.

Héroes de Mayo, levantad las frentes;  
Sonó la hora, y la venganza espera;  
Id, y hartad vuestra sed en los torrentes  
De sangre de Bailén y Talavera.

Id, saludad los héroes de Gerona,  
Alzad con ellos el radiante vuelo,  
Y a los de Zaragoza alta corona  
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo.

Mas, ¡Ay!, ¿por qué, cuando los ojos brota  
Lágrimas de entusiasmo y alegría,  
Y el alma, atropellados, alborotan  
Tantos recuerdos de honra y valentía,

Negra nube en el alma se levanta,  
Que turba y oscurece los sentidos;  
Fiero dolor el corazón quebranta,  
Y se ahoga la voz entre gemidos?

¡Oh! ¡Levantad la frente carcomida,  
Mártires de la gloria,  
Que aun arde en ella con eterna vida  
La luz de la victoria!

¡Oh! ¡Levantadla del eterno sueño,  
Y con los huecos de los ojos fijos,  
Contemplad una vez con torvo ceño  
La vergüenza y baldón de vuestros hijos!

Quizá en vosotros, donde el fuego arde  
Del castellano honor, aún sobre vida  
Para alentar el corazón cobarde,  
Y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿Cuál fue el galardón de vuestro celo,  
De tanta sangre y bárbaro quebranto,  
De tan heroica lucha y tanto anhelo,  
Tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura,  
Sobre huesos de héroes cimentado,  
Un rey ingrato, de memoria impura,  
Con eterno baldón, dejó manchado.

¡Ay! Para herir la libertad sagrada  
El Príncipe, borrón de nuestra historia,  
Llamó en su ayuda la francesa espada,  
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron,  
Y esa sagrada tumba abandonaron;

Hollarla, ¡oh Dios!, a los franceses vieron,  
Y hollarla a los franceses les dejaron.

Como la mar tempestuosa, ruge  
La losa al choque de los cráneos duros,  
Tronó y se alzó con indignado empuje,  
Del galgo audaz bajo los pies impuros.

Y aún hélos allí, que su semblante  
Con hipócrita máscara cubrieron,  
Y a Luis Felipe, en muestra suplicante,  
Ambos brazos, ¡imbéciles!, tendieron.

La vil palabra ¡Intervención! gritaron,  
Y del Rey mercader la reclamaban,  
De nuestros timbres sin honor mofaron,  
Mientras en su impudor se encenagaban.

Hoy esa raza degradada, espuria,  
Pobre nación, que esclavizarte anhela,  
Busca también, por renovar tu injuria,  
De extranjeros monarcas la tutela.

Tumba vosotros sois de nuestra gloria,  
De la antigua hidalgua,  
Del castellano honor, que en la memoria  
Sólo nos queda hoy día.

Verted, juntando las dolientes manos,  
Lágrimas, ¡ay!, que escalden la mejilla:  
Mares de eterno llanto, castellanos,  
No bastan a borrar vuestra mancha.

Llorad como mujeres; vuestra lengua  
No osa lanzar el grito de venganza;  
Apáticos vivís en tanta mengua,  
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! En el dolor eterno que me inspira,  
El pueblo en torno avergonzado calle,  
Y estallando las cuerdas de mi lira,  
Roto también mi corazón estalle.

#### CANTO DEL CRUZADO <sup>1</sup>

Ya tarde en la noche la luna escondía,  
Cercana a Occidente, su lívida faz,  
Y al Norte entre nubes relámpago ardía  
Que el cielo inundaba de lumbre fugaz.

El Tajo sus ondas con ronco bramido  
Despeña, y el eco redobla el fragor.

<sup>1</sup> Incompleto, porque el autor no quiso o no pudo terminarlo; pero lo que hay es bueno y hace sentido, aunque faltan algunas palabras que van suplidas con puntos. (Nota de P. de la E.)

El bosque se mece con sordo rüido,  
De negras tormentas fatal precursor.

Al fuego que el raudó relámpago extiende,  
Que el monte y la selva parece abrasar,  
Un hombre a caballo la margen descende  
Y al trote se sienten sus armas sonar.

Tal vez a su paso con viva vislumbre  
La cruz en su escudo radiante brilló;  
Mas luego en tinieblas la rápida lumbre  
Al hombre y caballo consigo ocultó.

De un monte en la altura levanta su frente  
Soberbio castillo de ilustre señor;  
Brillantes antorchas le adornan luciente  
Y de arpas y fiestas se escucha el rumor.

Abiertas las rejas, las luces se agitan,  
Y alegre banquete se deja entrever;  
Los néctares dulces al júbilo excitan  
A cien caballeros cantando a beber.

Del arpa sonora los dulces concertos  
Aplauden con bravos y vivas sin fin;  
Y en coro resuenan alegres acentos,  
En alto las copas a honor del festín.

Mas luego en silencio la mágica lira,  
Vibraba süave, se torna a escuchar,  
Y sigue a su acento, que plácido inspira,  
La voz regalada de aqueste cantar.

Cual negra fantasma que en forma medrosa  
A tímida virgen de noche aterró,  
Así en la alta cumbre del monte escabrosa  
El hombre a caballo veloz pareció.

Al pie del castillo llegando el guerrero,  
Alegre relincha su noble trotón;  
La rienda recoge, desmonta ligero  
Y para y escucha sonar la canción.

Era la noche, y la luna  
Melancólica brillaba  
Con pálida luz süave  
En el jardín de la Alhambra.

En su soledad se goza  
La hermosísima Zoraida,  
La más bella de las moras,  
La adorada de Abenámbar.

Tan sólo rompe el silencio  
Entre las flores el aura  
Que dulcemente las mece  
Y sus perfumes exhala.